





LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XI.—AÑO 1892

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1892



ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL TOMO XI DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XI DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

La Ilustracion Artística

AÑO XI — BARCELONA 4 DE ENERO DE 1892 — NÚM. 523

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTATUA DEL EMPERADOR AUGUSTO, existente en el Museo del Vaticano

SUMARIO

EL HISTORIADOR, ARTISTA Y POETA ALEMAN

FERNANDO GREGOROVIUS

Ya se acabó para siempre la animada correspondencia que mantenían el eminente catalanista don Antonio Rubió y Lluch y el ilustre historiador alemán Fernando Gregorovius respecto á los almogávares que tremolaron por espacio de más de setenta años en la Acrópolis ateniense la triunfadora enseña de las barras catalanas. El primer día del mes de mayo, el de la Virgen y de los Juegos Florales, murió en Munich el admirador de la conquista de Oriente por las armas catalanas, el que era á la vez alemán y romano, el sabio apacible, de fisonomía noble é ingeniosa, el historiador artista *Fernando Gregorovius*, cuya vida laboriosa y cuyas bellísimas é inspiradas obras han de ser una fuente de enseñanza y de bendición para nuestra época, demostrándonos que el trabajo espiritual en suelo extranjero, el estudio profundo de las costumbres, es un lazo de fraternidad uniendo á los pueblos.

¿Quién tiene mayor título á la gratitud de las naciones neolatinas que el insigne autor de *La historia de Roma en la Edad Media*, quien se sintió animado por aquel anhelo que llevaba á los cimbros y teutones al otro lado de los Alpes? El alemán *Gregorovius*, que bebió en la Fontana de Trev el entusiasmo por todo lo grande, lo bueno y lo bello, experimentaba el mismo encanto misterioso que ante las puertas de Roma sentía Atila, que había llegado para conquistarla, y que sentía Goethe al entrar en la Ciudad Eterna para hacerse conquistar por ella. Durante cuarenta años *Gregorovius* ha recorrido Italia, haciéndose el mediador espiritual entre Roma y Alemania, como los Winckelmann, Goethe, Guillermo de Humboldt, Niebuhr, Bunsen, Hillebrand y Reumont. A él le dedican sus endechas los tiernos ruiseñores, así de los bosques helenos como de las florestas latinas; por él está llorando el cantor alado de mayo en los jardines de Schiras, pues el sabio alemán rindió culto también al genio de Oriente, y sus admiradores viven en todas partes, allende los Alpes y allende el mar, así en Roma como en Atenas, en Córcega y Elba, en Caprea y Corfú, en Barcelona y Madrid. Dándonos á conocer los espíritus del pasado de aquella tierra á que peregrinaban los emperadores de Alemania, semejando su peregrinación las más de las veces un *Viacrucis*, amaba á Roma con el amor romántico de Virgilio y de José Carducci.

¿Qué ciudad convida á la reconstrucción de la vida pasada como Roma, consistiendo en el goce de aquel trabajo espiritual su mayor atractivo? El mismo *Gregorovius* que lo vió todo con los ojos del poeta y del artista, mientras Leopoldo de Ranke unía del modo más armonioso el método científico á la representación artística, dice que el plan de la grandiosa obra en que su fantasía despertaba á nueva vida la lucha gigante en la que la cultura antigua fué vencida por el cristianismo, levantándose la Roma de Constantino con sus basílicas al lado de la Roma de los Césares con sus soberbios edificios palatinos, sus termas y sus templos resplandecientes de belleza, brotó de la vista de la avasalladora naturaleza monumental de la ciudad que el flavo Tíber baña. En cada línea que escribió el alemán romanófilo siéntese su amor á Roma, á la ciudad que cual verdadero monumento y retrato del genio romano admiró desde su cuarto, situado en la *Via Gregoriana*, ofreciéndole éste el mismo panorama que se goza desde el monte Pincio, extendiéndose la vista hacia el Norte sobre la campaña y mirándose la cúpula de San Pedro y la Roma capitolina desde la ventana del historiador germano para encender su alma con generoso fuego de entusiasmo y darle nuevas fuerzas cuando la pluma cayese de sus manos.

Tanto era el cariño que profesaba á la ciudad de su predilección cuyo pasado hizo renacer ante nuestros absortos ojos, que quiso que en Roma fuese respetado más el derecho de los muertos que el de los vivos, y que no sólo se conservasen las ruinas, sino que el espíritu del siglo no turbase los pintorescos contornos de la Roma antigua. Si *Gregorovius*, usando las frases que Belisario dirigía á Totila exhortándole á que respetase los sagrados monumentos de la venerable ciudad del Tíber, no lograba que quedasen en pie tantos caseríos de la Roma antigua llenos de recuerdos históricos, logró en cambio que un acuarelista, Sr. Rossler-Franz, salvase del olvido muchos lugares interesantes, incorporándose sus pinturas á las colecciones de Roma. El amante de la poesía de las ruinas romanas merece un panegírico, así en las costas de Italia como en los risueños puertos de la renaciente Hélade y en las amenas playas catalanas.

El catalán ama al húngaro que ha salvado su lengua, el sonoro idioma de Petofy, y *Gregorovius* se inspiró también en el renacimiento húngaro escribiendo *Cantos de magyares*. El catalán ama á Polonia, pues el manto tutelar de una misma fe ampara á catalanes y polacos, y *Gregorovius* teniendo los mismos entusiasmos, publicó *Canciones polacas*. El catalán ama á Italia, pues ¿qué catalán no leerá con sumo placer *Los recuerdos* y *Las Eridanias* de Balaguer? Y *Gregorovius* penetró, á pesar de la filosofía de Kœnigsberg y la teología protestante que habían sido el norte de su juventud, en las bellezas de la naturaleza meridional y de las obras del arte clásico, como si el Tíber hubiese mecido su cuna, y escribió con estilo mágico en sus *Años de peregrinación* las impresiones todas que le habían producido sus excursiones por Italia cuando ésta tenía aún no sé qué aliento primitivo que hoy día han extinguido ya las instituciones de nuestra época de hierro. Nos pinta de mano maestra, ora la pompa bizantina de Ravena, ora los montes de Tívoli inundados de rayos de sol, ora las ruinas incomparables de Taormina, y lo mismo que Balaguer se interesó por el renacimiento del pueblo italiano. Escribió el *Panteón de los Papas*, dándonos una idea exacta cuanto poética de los sepulcros papales que se encuentran en Roma y de las veinte tumbas que se hallan dispersadas por Italia, pudiendo llamarse aquellos sepulcros de tantos siglos la *Via Appia* de los Papas. Del conocimiento profundo que nuestro poeta tenía de la antigüedad, brotó la égloga titulada *Euforion*, poblándose la quinta del acaudalado Arrio Diómedes, que se halla en Pompeya, con figuras simpáticas; y como Balaguer escribió la tragedia *La muerte de Nerón*, *Gregorovius* reveló en el drama histórico *La muerte de Tiberio*, que salió en 1851, su arte de evocar las épocas pasadas con minuciosa propiedad. El que parece que tenía en su paleta los colores de Castelar, escribió también *La historia del emperador Adriano*. El catalán se interesa por el Oriente, que le recuerda el heroísmo maravilloso de los almogávares, no menos digno de admiración que las inmortales expediciones de las Cruzadas, y *Gregorovius* nos leyó su preciosa *Historia de Atenas en la Edad Media*, hablando con elocuencia suma á nuestro espíritu la cultura helénica, las creaciones de Fidias, y nos presentó en su *Atenas* un cuadro de Constantinopla y de Jerusalén en la primera mitad del siglo IV, cuando sucumbió el paganismo.

Nació *Fernando Gregorovius* el 19 de enero de 1821 en el castillo de Neidenburgo, perteneciente á la orden teutónica; visitó el gimnasio de Gumbinnen y cursó los estudios teológicos en Kœnigsberg, pero ya por los años de 1840 empezó á dedicarse á las letras. Peregrinó muchas veces por Italia, de que hizo su segunda patria. Y poseía como el que más la historia de los antiguos palacios de la Ciudad Eterna, la cual le era conocida hasta en sus rincones más remotos. Ni los artistas alemanes residentes en Roma ni los mismos romanos olvidarán al glorioso autor de *La historia de Roma en la Edad Media*. Esta obra monumental fué traducida al italiano á expensas del municipio romano, valiendo á *Gregorovius* el honroso título de *ciudadano romano*. Pero, como el último Abencerraje, estaba solitario en su propia patria. El que no necesitaba ninguna pluma que limpiase su memoria, empeñóse en limpiar la de Lucrecia Borgia. En Munich, esa ciudad tan apartada del lugar de su nacimiento como de su patria adoptiva, ha cerrado sus ojos para siempre. Hubiera merecido una sepultura en su idolatrada Roma cerca de la pirámide de Cestio, donde los cipreses, subiendo al cielo, entonan himnos á la inmortalidad, y donde duermen el sueño de la muerte el poeta inglés Shelley, el arquitecto alemán Godofredo Semper, el hijo de Goethe, el epigrafista Guillermo Henzen y el paisista Augusto Enrique Riedel. Pero mandó que sus restos mortales fuesen quemados en el cementerio de Gotha. Ya se han convertido en cenizas los despojos de *Gregorovius*, pero en sus obras arderán siempre las llamas de su entusiasmo artístico. Si mi amigo D. Luis Alfonso dice de otro amigo mío, Pedro Antonio de Alarcón, «Un número, que consta en el registro, es lo único que puede señalar el trozo de tierra, liso y escueto, como el de la fosa común, como la mínima parte de un campo abandonado y baldío, bajo del cual yacen los restos de quien grabó con vigoroso esfuerzo y huella imborrable su noble cuartel en el blasón literario de la madre patria... De la sepultura donde yacen hombres como Alarcón, no brota tan sólo el fuego fatuo del cementerio, sino el eterno fulgor del talento y de la gloria,» diré lo mismo de *Gregorovius*.

¡Qué coincidencia tan rara! En el último artículo que escribió Alarcón tratando del fin del mundo civilizado, ó sea de lo que pudiéramos llamar mes de Diciembre de la actual sociedad europea, pregunta si alguna nueva creencia podría sustituir en bastante tiempo al régimen moral cristiano. Y lo mismo hace *Gregorovius* en las *Poesías póstumas* que acaba de publicar su compañero en letras conde de Schack y que acreditan al autor de imitador feliz de Schiller y de historiador poeta. Entre las traducciones mencionaré las eróticas melodías toscanas, las melancólicas baladas corsas y las sentidas canciones populares sicilianas, teniendo mucha semejanza con la copla andaluza.

No ha perdido nuestro país el prestigioso nombre que le dió merecida fama en todos los órdenes de la grandeza de un pueblo. Los méritos de *Gregorovius* recibieron el aplauso de la opinión y el aplauso de los pueblos, y por muerte del sabio alemán el rey Umberto de Italia dió el pésame al príncipe regente Luis Leopoldo de Baviera por conducto del embajador italiano en Munich, mientras que hoy Alemania entera celebra el quincuagésimo aniversario de haber alcanzado la borla de doctor en la Universidad de Halle el después preceptor del emperador Federico III, *Ernesto Curtius*, quien hizo de la antigua Hélade, de Atenas y de la Acrópolis el centro de su actividad científica, y daba impulso á las excavaciones de Olimpia que tuvieron por brillante resultado el descubrimiento del magnífico Hermes, obra de Praxiteles. Alemania se ufana con justos títulos de hombres de aspiraciones tan ideales como el autor de *La historia de Grecia*, de la de *Atenas* y de la descripción del Peloponeso, y experimentamos íntimo regocijo en traer á las mientes esta frase de Curtius: «En tanto no me deje la juventud, no la dejaré yo.»

Juan Fastenrath

UN PERSONAJE DE ACTUALIDAD

LI HUNG CHANG, VIRREY DE CHINA

Ningún político ni hombre de Estado de nuestros días llama tanto la atención en Europa como el virrey de Petchili. Opínase generalmente que estamos á punto de ver algunos cambios en las relaciones de China con el mundo civilizado; y cualquiera que se produzca, por pequeño que sea, en la organización política ó social que prevaleció durante siglos en una cuarta parte de la raza humana, debe tener una influencia momentánea en la evolución de los pueblos. No debe extrañarse, por lo tanto, que el hombre á quien se considera como el personaje más poderoso del Imperio Chino sea objeto del mayor interés para las potencias occidentales. El éxito con que fueron reprimidos los gérmenes de rebelión en el Norte de aquel país, realzan más el prestigio del virrey, porque nos ha dado á conocer su política lentamente madurada, que consiste en avivar y desarrollar las dormidas fuerzas militares de China á fin de obtener fructuosos resultados en lo futuro. Desde el día en que Li Hung Chang se distinguió como oficial del ejército de Gordon, trabajó sin descanso para llegar á sus fines. Como dice muy bien J. Russell Young, ex ministro de los Estados Unidos en Pekín, Li Hung Chang ha conseguido abrir una nueva era para el Imperio; y una vez terminada la última lucha con Francia, en la cual el ejército chino dió pruebas de una disciplina que de él no se esperaba, el virrey, después de haber explicado á qué era esto debido, manifestó que estaba resuelto á conseguir



LI HUNG CHANG, VIRREY DE CHINA

antes de su muerte que China, como otras naciones, pudiese hablar al enemigo que se presentase á sus puertas «con la mano en la empuñadura de la espada» Aunque el virrey cuenta ya setenta años, su patriotismo es tan ardiente como lo fué en su juventud; su notable figura se ha doblegado poco bajo el peso de las fatigas oficiales; su inteligencia se conserva tan sutil como antes, y su buen tacto, su habilidad. su rectitud y elevado espíritu excitan la admiración hasta de sus enemigos. Ningún chino mereció jamás tanto respeto y confianza por parte de los ingleses; y también debe advertirse que ninguno los comprendió mejor en la justa medida de la fuerza y debilidad de su carácter nacional.

Desde la muerte del príncipe Kung, padre del último emperador, Li Hung Chang ha sido el más fuerte sostén del trono. Durante años su autoridad y prestigio influyeron más en las provincias que en la metrópoli, y tal vez la envidia que excitó por su habilidad en el mando y su acierto para tratar con los extranjeros fueron causa de que permaneciera ignorado durante la Regencia; pero en este intervalo ocupábase en convertir á Tientsin en uno de los más poderosos centros de la influencia política en el Imperio y organizar un ejército chino y una armada bajo su propia inspección, á fin de que en cualquiera crisis le fuera dado apresurar el desenlace. Los que conocen al virrey dicen que éste comienza á ser demasiado poderoso para la dinastía, y que su ambición no quedará satisfecha hasta que llegue á ocupar el Trono del Dragón. Algunos diplomáticos extranjeros tuvieron el poco tacto de inducirle á ser traidor; pero sus esfuerzos fueron inútiles. El general Gordon, que le conocía mejor que la mayoría de los hombres, declaró siempre que Li Hung Chang era leal á toda prueba; que su ambición quedaría satisfecha si lograba hacerse indispensable en el Consejo Interior del Estado, y que en aquellos días apenas le sería posible, ni á él ni á ningún otro usurpador, por mucho que viviera, establecer su autoridad en catorce provincias y transmitirla á su hijo. La verdad es que Li Hung Chang no hizo ninguna tentativa como usurpador en la única ocasión en que pudo alcanzar su objeto, es decir, cuando el último emperador Tungche murió misteriosamente, y la familia imperial se disputaba la sucesión. El cargo de virrey de la Provincia Metropolitana, con su residencia en Tientsin, fué siempre de gran importancia; pero hasta que Li Hung Chang llegó á ser uno de los grandes secretarios de Estado é individuo del Consejo Interior, ese cuerpo misterioso, que representa al Gobierno chino en todo el mundo, no consiguió que se le confiase la dirección principal de los negocios Aun ahora es erróneo considerarle como dueño de la China; pues si bien de cada diez casos prevalecerán sus ideas en nueve, tropieza con muchas dificultades.

Podríamos decir que la vida de Li Hung Chang se ha consagrado á disminuir los rozamientos entre el Gobierno de Pekín y las potencias firmantes del tratado. Por su prestigio personal y su habilidad en las negociaciones evitó una y otra vez las calamidades de la guerra para su país; y á él es á quien China debe todo lo mejor que hay en su moderno ejército y armada, sus tropas, sus buques blindados, sus astilleros, sus arsenales y fortalezas. También ha conseguido aumentar las rentas, mejorando en mucho el estado de la Hacienda, de modo que su patria pueda contar con una base más sólida en lo futuro. El Gobierno imperial se vió en la precisión de instarle, hasta en los días en que se supuso que había perdido el favor en Pekín, para que se encargara de las negociaciones con Francia sobre la matanza de Tientsin, y con Inglaterra respecto á la cuestión del asesinato de Macquary. Con su diplomacia recobró Kuldja de Rusia, é hizo estéril para los franceses la conquista del Tonquín.

Sin embargo, hay motivos para creer que aún ha

COSTUMBRES CHINAS. EL MERCADO DE SHANG-HAI

de pasar por muchas perturbaciones y verse en alguna situación más grave que las que se produjeron hasta aquí por meros motines, porque es difícil prever á qué puede conducir á ciertos hombres, fanáticos ó revolucionarios, el desprecio á las leyes y sus ataques contra el régimen establecido. Es indudable que la prolongada Regencia disminuye el prestigio personal del emperador niño que ahora ocupa el trono, y la presencia de los misioneros cristianos en China, por otra parte, aumenta las dificultades interiores, no pudiendo nadie prever cuál será el desenlace de semejante situación; pero si la habilidad en la diplomacia, en la política y en la organización militar bastan para resolver los arduos problemas que tiene en perspectiva el joven emperador Kwangsee, escolar estudioso, notable por su bondadoso corazón y nobles disposiciones, no cabe duda que Li Hung Chang, «el hombre del día» en China, sabrá conducir á puerto seguro la nave del Estado del Celeste Imperio. - X.

DEL CALLAO Á SANTANDER

(CUARENTA DÍAS DE VIAJE)

Zarpó el vayor *Ilo*, de la compañía inglesa del Pacífico: mis amigos se quedaban y yo emprendía viaje para la patria; volvía después de algunos años, pero volvía dejando allá un mundo de imperecederos recuerdos, de afecciones, de cariños que jamás se entibian cuando la gratitud los ha fomentado.

Traía en cambio una *planta* limeña, una flor de aquel jardín hermoso, un hijo del alma que debía ser lazo eterno entre la nieta de Pelayo y los hijos de los Incas.

Creí morir de dolor cuando los botes que llevaban á mis amigos á tierra desatracaron del costado del *Ilo*.

– ¡Adiós, Lima!, decía mi corazón empujando á los ojos lágrimas que salían á torrentes. ¿Será posible que jamás vuelva á respirar tu embriagador ambiente, ni á pasear tus calles, envuelta en la graciosa *manta* con que tus hijos cubren sus divinos cuerpecillos, ni á deleitarme contemplando tu cielo, ni á sentir el tibio calor de tu clima suave y dulce como el hablar de tus mujeres? ¡Tú, deliciosa perla del Rimac; tú, que á su patria devolviste una viajera agradecida, feliz, contenta y sólo apenada por dejarte, no reconocerías hoy á tu huésped de antaño!: la joven es casi una vieja, el semblante alegre se ha tornado triste y muéstrase abatido, la esposa vaga sola apoyada en el débil báculo con que la llenaste de maternal felicidad. Perdona, ¡oh sultana del Pacífico!, si al saludarte en la aurora de tu nueva etapa de grandeza, llegan mis lamentos íntimos á turbar las alegrías de tus rientes hijos.

Salían grandes bocanadas de humo negro y espeso por el ancho tubo de la chimenea; funcionaba la maquinilla levando anclas con su jaquecoso martilleo, y *medio* libre el *Ilo* de las cadenas que al mar le sujetaban, iba lentamente avanzando proa al Norte.

Yo seguía en la borda con mi pequeño en brazos, agitando el pañuelo y llorando desconsoladamente.

Los ayes lastimeros que desde el fondo del bote que la volvía á tierra lanzaba el aya de mi hijo, me partían el corazón; el niño entretanto decía adiós con sus manitas y llamaba con cariño á los que se alejaban.

– ¡No llores, mamá!, dijo besándome; nos vamos á España.

¡Qué diferencia! Hoy es él quien consuela mis penas diciéndome:

– ¡Calla, que volveremos á América!

El segundo de á bordo, amable joven peruano, á quien acababan de presentarme, se me acercó:

– ¡Vamos, señora, ya procuraremos hacerle agradable la travesía! Por de pronto le presento una compañera de viaje. La señorita Lanza: ella sabe ya quién es usted y me ha pedido que la presente.

Agradecí á la joven su deseo y me fué preciso secar mis lágrimas. A las dos horas de salir del Callao formábamos corrillo en la popa... Nadie diría que habían sido tan tristes las despedidas.



CABEZA Á PÁJAROS, busto en bronce de D. José Reynés, fundido en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

Una inteligente norteamericana que volvía del Perú, adonde había ido para asistir á la boda de una prima suya, formaba parte del pasaje: hablaba castellano, era muy amable y le gustaban los niños; teníamos que simpatizar por fuerza.

La señorita Lanza no escaseaba sus amabilidades conmigo, pero pecaba de ser un tanto orgullosa con los demás: sobre todo encontraba á la *mis* muy antipática.

– Viaja sola, decía; será cualquier cosa.

– ¡Oh, no!, respondía Colonna, el segundo del *Ilo;* es una joven distinguida.

– Y mucho, añadía yo; mis Geen tiene bondad y talento: viaja sola porque las costumbres de su país se lo permiten.

Pronto se recrudecieron las antipatías de Rosa Lanza; M. Bell, un francés, buen mozo, galante y muy entretenido compañero de viaje, solía charlar horas enteras con la yankeecita. Hablaban en el idioma del uno ó del otro indistintamente, y hablaban de literatura, de política, de costumbres, de ciencias, de todo menos de lo que Rosa se figuraba.

Esta era muy rica y huérfana de madre; su padre, un buen señor que la acompañaba, no la hubiera contrariado el capricho más extravagante por cuantos millones poseía; era un español que había hecho su fortuna en el pesado yunque del trabajo diario, y se retiraba de los negocios con mucho dinero, parte del cual pensaba gastar viajando con su hermosa hija.

Sea que más de una vez se encontrasen los ojos de M. Bell con los de Rosita, sea que reparó en las seducciones de la niña peruana ó sea que los millones del viejo Landa no le pareciesen despreciables, lo cierto y verdad fué que con grande y visible contento de Rosa hizo el francés un cuarto de conversión y dejó de discutir con la *mis* para hablar con ella; y como el onceno mandamiento dicen que es no estorbar á los enamorados, solíamos replegarnos los demás pasajeros para dejar las sillas de Rosa y Bell apartaditas de las nuestras y casi emparejadas.

Mis Geen, Colonna y yo éramos felices con este aislamiento.

Yo declaro que me gustaba mucho más la conversación de Mery que la de Rosita, y pronto nos hicimos tan inseparables que no podíamos estar la una sin la otra.

¡Y cómo nos divertíamos apoyadas en la borda viendo desembarcar los pasajeros que se quedaban en los puertos del Norte del Perú, metidos en barri-



LA FERIA DE SANTO TOMÁS EN BARCELONA, cuadro de D. Leopoldo Roca. (Exposición de Bellas Artes de Berlín.)

les y descendidos por medio del pescante! En el Pacífico hay puertos que deshonran el nombre del grande Océano. ¿Pacíficas aquellas aguas inquietas que no permiten echar la escala, por lo cual se hace preciso descargar á las personas igualmente que si fueran fardos? Allí se puede asegurar que el nombre no hace la mar.

Nada más divertido que presenciar los accidentes de tales desembarcos.

Un bromista jugando dentro del barril, ó una señora miedosa dando chillidos y las más de las veces suspendida balanceándose, sin subir ni bajar, aguardando el momento en que los golpes de mar acerquen el lanchón para dejar caer la cuba, es cosa de hacer perecer de risa á los espectadores.

hijas se bastaban para guardar su honra como se basta y se sobra mis Geen!

Me pareció que Rosa torcía el gesto y calló.

– ¡Conque!..., dije después de una pequeña pausa, M. Bell...

– Es un amable *mozo* y creo que estoy enamorada.

– ¡Cuidadito!

– Cuando no está junto á mí, dudo; pero si me habla, si lo tengo al lado, me parece que lo adoro.

– Es necesario ser cauta, Rosita. ¿Sabe usted quién es ese hombre?

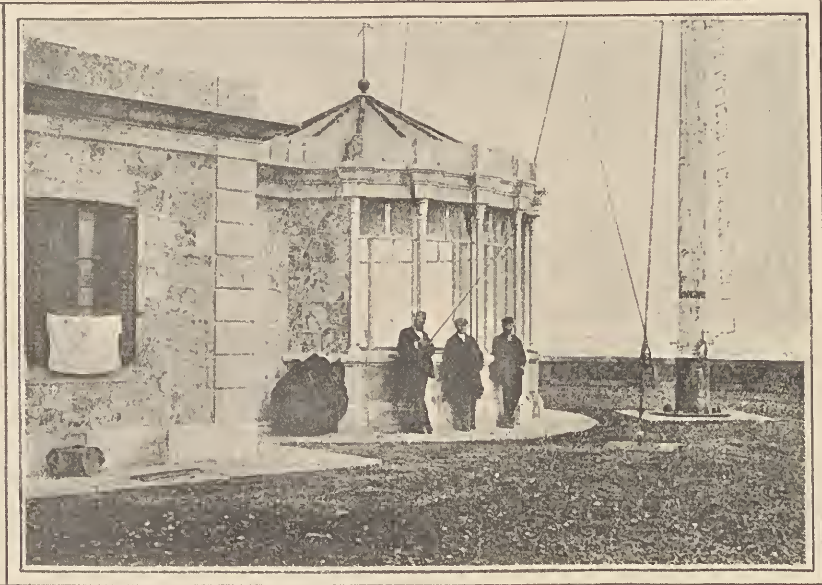
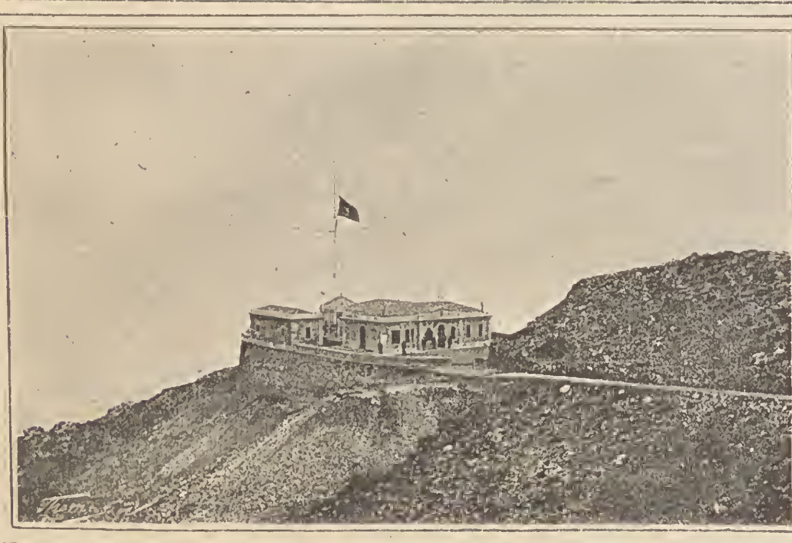
– Un ingeniero francés; sé lo que sabemos todos.

– Pero no ha dado á usted detalles de su vida.

aquel puerto fluvial, acariciado perezosamente por las mansas corrientes del Guayas!

A la mañana siguiente desembarqué para cumplir algunas visitas; fuí á ver al expatriado general Prado, que vivía en una preciosa quinta de los alrededores, y allí encontré al ex presidente del Perú, acompañado de su hermosa señora, Magdalena Ugarteche, lamentando los desastres de la patria, pero lamentándolos de corazón, á pesar de que otra cosa creyesen por entonces algunos de sus compatriotas.

¡Qué grande me pareció la majestad caída! Un hombre valiente que abrazándonos y llorando nos decía: «Cuando en Europa hablen ustedes de los peruanos, digan que fuimos desgraciados, pero no


SEMÁFORO DE BAGUR. (De fotografía de D. Juan Camós.)

1. Vista exterior del observatorio y parte baja del asta de señales. – 2. Detalles de la fachada principal del semáforo. – 3. Vista general del cabo Bagur y su semáforo inaugurado oficialmente el 10 de diciembre de 1891. – 4. Vista general de la villa de Bagur

En todos los puertos nos recibían autoridades chilenas; la costa del Perú estaba ocupada por los invasores, y Rosa no quería salir de su camarote desde el momento que recalábamos: era patriota exaltada; odiaba á los enemigos de su patria, pero los odiaba furiosamente. Había dado sus joyas para la guerra cuando su padre, después de aportar sumas respetables, echara la llave á la caja, y decía que no había dado su sangre porque nadie la hubiera querido: era una espartana de veinte años.

Llegamos á Paita, último puerto del Perú; y como allí no habían llegado á dominar los chilenos, y la bahía, tranquila como un lago inmenso, convidaba á mirar el azul purísimo de aquel cielo sin nubes retratado en el movible espejo, compartió Rosa nuestras alegrías dando tregua á sus pláticas amorosas.

– Amiga mía, le dije, parece que el *gabacho* la ha flechado á usted.

– No diré que no: la verdad es que sólo me había propuesto quitárselo á esa marimacho...

– ¡Por Dios, Rosita, semejante calificativo tratándose de una señorita!...

– ¡Qué quiere usted!; yo no puedo respetar á una joven que viaja sola con esa soltura.

– Son costumbres de educación que debíamos imitar.

– ¿Pero dice usted eso?

– ¿Y por qué no? ¡Cuánto dieran algunos padres de los nuestros por tener la seguridad de que sus

– Sí, todos: viene de Bolivia, Perú y Chile, y va para Panamá; es ingeniero del Canal.

– Sin embargo, yo he tenido el cuadro que representa á los ingenieros del Canal y no recuerdo su fisonomía.

– Porque se van unos y vienen otros: eso no dice nada.

– Tiene usted razón.

Por entonces no hablamos más del asunto. Rosita con su inexperiencia daba algo que hablar á los pasajeros.

Mis Mery y yo la disculpábamos, y nos dolía que no todos pensasen como nosotras.

¡Con qué grandeza de alma decía la norte-americana: «¡Pobre niña, tiene poco talento, no es suya la culpa!» Y eso que no se le ocultaban las miradas de reojo ni las antipatías de Rosa.

Llegamos á Guayaquil: la hermosura del río Guayas, sus orillas bordeadas de vegetación ecuatorial, lozana y exuberante, fueron motivo de entusiasmos grandísimos para mí; había también otro de contento que animaba el corazón, después de tantas luchas y de tantos sobresaltos.

Mi esposo, que á causa de la guerra había salido del Perú, como habían salido otros escritores, huyendo á salto de mata, sufriendo penalidades sin cuento y dejando tras de sí cuanto poseían, me aguardaba en Guayaquil, libre ya de ser aprisionado.

Anduvimos de noche. ¡Qué lindo aspecto el de

cobardes.» Era á mis ojos un hombre muy noble y muy generoso.

No pude deferir á las súplicas de que me quedase hasta el vapor siguiente; nuestros desastres financieros no nos permitían perder los quinientos duros que mi solo pasaje directo desde el Callao á Santander había costado. Fuimos por consiguiente á comprar el de mi esposo.

Nuevas súplicas de otras amables personas para detenernos; inútilmente. El joven y muy simpático alcalde de Guayaquil, Pepe Urbina, me ofrecía una fiesta fluvial curiosísima, una cacería de cocodrilos. ¡Qué tentación, cielo santo! Pero aquellos quinientos duros que la compañía de vapores no hubiera tenido en cuenta, pesaban más en la balanza que el deseo grandísimo de cazar caimanes.

¡Maldito dinero! Callé los motivos, pero insistí en continuar el viaje.

Sin accidentes, sin más que una fiesta literario-musical organizada la noche antes de llegar á Panamá, arribamos á este puerto en donde con pena grandísima íbamos á dejar el risueño *Ilo*, su tripulación y sobre todo al amable Colonna.

Me parecía que la separación de mis Geen era para el *segundo* más triste de lo que hubiera convenido á un joven; se lo pregunté y no quiso negármelo. Pero ella era rica y César Colonna no era pobre de dignidad: calló sus amorosas impresiones, y nos vió, al parecer impasible, desembarcar en el vaporcito

que debía conducirnos á tierra, prometiendo visitarnos antes de nuestra marcha.

En Panamá cae un chaparrón todas las mañanas durante cierta época del año; pero ¡qué chaparrón, Santo Cristo de Candás! ¡Si yo no he recibido más agua en mi vida sobre mi cabeza, y eso que he recibido mucha desde que me pusieron la del bautismo!

Llegamos á tierra después de una hora de desembarco, y no podíamos con la ropa ni menos dar un paso: los trajes ya no lo eran y los sombreros parecían tortillas; pero al entrar en el Gran Hotel lucía un sol demasiado espléndido para poder sufrirlo.

En Panamá no hay aduanas, ¡bendita tierra!; pero tardaron tanto tiempo los negros cargadores en conducir los equipajes, que dieron lugar á que la ropa se nos secase colgada en los hombros.

Debíamos aguardar la llegada á Colón de los vapores transatlánticos, y entretanto arriban, voy á permitirme un palito geográfico á una agencia de noticias, cuyo nombre callo por no perjudicarla en su buena fama.

Cuando hace poco tiempo ocurrió el incendio horroroso que destruyó medio pueblo de Colón, leí en un telegrama que de Panamá había salido un vapor con auxilios.

– ¡Caracoles!, dije. ¡Se inauguró el Canal sin mi presencia! ¡Y yo que me tenía prometido asistir á la inauguración!

No me cansaré de repetir que somos muy ignorantes por acá en las cosas de América; que la mayor parte de los que tratan del Nuevo Mundo lo hacen creyendo paparruchas; y si no, dígalo un folletín que á la sazón publica un diario español de gran circulación: está traducido del francés, y esto le salva; pero no dejará de habérselas con los periódicos de Buenos Aires, si es que éstos quieren refutar una tan grande sarta de fantásticas inexactitudes.



PAYÉS MALLORQUÍN, cuadro de D. Juan Bauzá. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

Cuatro días estuvimos en Panamá aguardando al *San Simón* de la Transatlántica francesa; allí nos separamos. El señor Lanza con su hija, así como la simpática mis, aguardaban el vapor de los Estados Unidos.

Llegó antes el nuestro; nos despedimos en la estación del ferrocarril; todos acudieron á decirnos adiós, incluso M. Bell, que me anunció su viaje á los Estados Unidos en compañía de la señorita Lanza: había pedido permiso á sus jefes, decía, para otra nueva excursión y se lo concedieron. Aquel viaje repentino me supo mal, pero no me atreví á participar mis dudas á Rosa. Hablé con mis Geen y le dije:

– Vele usted durante la travesía por esa inocente caprichosa. Su padre está ciego y es tan inocente como ella.

– Sí, contestó Mery; y M. Bell es un demonio fascinador.

¡Partió el tren! ¡Qué tren! De cuantos negocios se hacen en el mundo, ninguno como el que realiza la compañía de aquel ferrocarril: veinte duros oro americano (vale decir yankee) por billete y dos *centavos oro* también por cada libra que haya de exceso de peso en el equipaje, para dos horas de trayecto caluroso y lleno de estaciones. No había más que un coche salón, y allí nos metieron á todos los viajeros de primera y segunda; las protestas no valieron de nada: los empleados no eran la compañía. A medio camino subieron dos policías conduciendo presos, y también se zamparon en nuestro coche. ¡Claro, como que no había otro! Se colocaron en un rincón, es cierto, pero se colocaron: ¡había que tomar á risa la cosa!

Yo hacía poco alto en tales



LA TABERNA, cuadro de D. Luis Graner. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)



SAN FRANCISCO DE ASÍS CURANDO Á LOS LEPROSOS, bajo relieve de D. Agustín Querol

pequeñeces, preocupada como estaba en la contemplación del terreno.

Panamá me había gustado: había mucha animación, mucho movimiento en el Gran Hotel.

EVA CANEL

(Concluirá)

MISCELANEA

Bellas Artes.—Se ha constituído el Comité central de la Exposición internacional de Bellas Artes que, como en los anteriores, se celebrará en el presente año en Munich bajo el protectorado de S. A. el príncipe regente de Baviera y la presidencia de honor de S. A. el príncipe Luis. La fecha inaugural, que otros años era el 1.° de Julio, será en éste el 1.° de Junio: el plazo para anunciar la concurrencia al certamen terminará en 15 de Marzo y los envíos de obras deberán hacerse del 1 al 15 de Abril.

—En la Exposición que actualmente se está celebrando en Budapest figuran 550 obras de 269 artistas, 128 húngaros y 141 extranjeros. Entre los primeros descuellan en primer término Horovitz, Benczur, Basch, Skuteczky, Mednyansky, Bruck y Margitay, y entre los segundos Jiménez Aranda con su *Visita en la sala del hospital*, Moreno Carbonero, Villegas, Uhde, Tirle, Courtens, Friedrich, Bretón, Dagnan, Bouveret y Tito. Entre las esculturas llaman la atención las de Donath, Rona, Strobl y Bezeredi.

—Se han inaugurado en Zurich y en Berna respectivamente los monumentos dedicados al poeta Baumgartner, obra de Augusto Heer, de Basilea, y al «padre de la gimnasia» Niggeler, cuyo busto ha modelado el escultor parisiense Lanz.

—El Consejo municipal de Amsterdam ha votado la cantidad de 1.250.000 pesetas para la construcción de un nuevo Museo de pinturas, destinado á los cuadros modernos, en el que lleva empleadas 375.000 una familia de la propia ciudad amante de las Bellas Artes.

—El Museo de Luxemburgo acaba de enriquecerse con los importantes donativos siguientes: el cuadro de Bougereau *La jeunesse et l' amour*, ofrecido por Mad. Aclocque; un *Retrato del autor*, obra de Adolfo Lecleux, regalo de Mad. Nicolet, y el gran lienzo de Puvis de Chavannes, donado por el mismo y titulado *Ludus pro patria*.

—Recientemente se ha inaugurado en Viena el Museo Imperial de Historia del Arte que con razón puede denominarse panteón erigido en honor de los imperiales Mecenas austriacos, de los Habsburgo-Lorenas, decididos protectores de las artes bellas. Imposible encerrar en los límites de esta sección una descripción, por somera que fuese, de este monumento soberbio, que encierra incalculables tesoros y en cuyo decorado han intervenido los artistas que de mayor y más justa nombradía gozan en el mundo artístico. El vestíbulo y la escalera especialmente son un conjunto indescriptible de riquezas, pues además de los preciosos materiales en uno y otra empleados, en las paredes, techos y cúpula el cincel y los pinceles han trazado maravillosas creaciones. Entre las pinturas sobresale la de la bóveda, que es el celebrado lienzo de Munkaczy que figuró en el último Salón de París y que reprodujo LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA en su número 478.

—En Zaragoza se ha expuesto al público el modelo de la estatua de Lanuza, obra acabada del escultor Sr. Vidal, que, al decir de las personas inteligentes que la han visto, interpreta de una manera admirable el pensamiento que informó el proyecto y reproduce en toda su grandeza la majestuosa figura del Justicia mayor de Aragón.

En la misma ciudad se ha terminado el modelo en yeso de la estatua del general Palafox que ha de fundirse en la fábrica nacional de cañones de Sevilla para ser colocada en el patio de la capitanía general de Aragón.

Teatros.—*Mar y cielo*, la hermosa tragedia del vate catalán D. Angel Gimerá, traducida al castellano por D. Enrique Gaspar, que hace poco ha valido á su autor uno de los triunfos más espontáneos y entusiastas que se han presenciado en la corte, ha sido estrenado últimamente en Valladolid y en Zaragoza con éxito extraordinario.

—El estreno en el teatro del Vaudeville de París del drama de Ibsen *Hedda Gabler*, traducido al francés por Prozor, ha dado lugar á grandes discusiones en la prensa, pues mientras unos críticos lo censuran por obscuro y sobradamente psicológico, otros lo ensalzan incondicionalmente. De todos modos aun los primeros convienen en que la obra contiene grandes bellezas, y la verdad es que el público le ha dispensado excelente acogida.

—*Maese Manole*, tragedia en cuatro actos de Carmen Sylva, ha alcanzado gran éxito en el teatro Nuevo de Leipzig: la reina de Rumania, que como es bien sabido se oculta tras aquel seudónimo, está actualmente trabajando en otra obra del mismo género trágico, titulada *Miguel el valiente*.

—*El amigo Fritz* y *Cavalleria rusticana*, óperas del maestro Mascagni, se están representando actualmente con muy buen éxito en Nápoles y Faenza la primera y en Alejandría, Londres y Pérgamo la segunda.

—En la temporada de 1892 á 1893 se pondrá en escena en el teatro Real de Madrid la trilogía *Los Pirineos*, letra del excelentísimo Sr. D. Víctor Balaguer y música del maestro catalán Sr. Pedrell.

Necrología.—Han fallecido recientemente:

Monseñor Freppel, obispo de Angers, filósofo erudito, teólogo eminente, escritor profundo, ilustrado profesor de la Sorbona y elocuente orador que así conmovía cuando desde el púlpito explicaba las sublimes doctrinas del catolicismo, como avasallaba á sus oyentes cuando en el Palacio Borbón lanzaba sus tribunicios apóstrofes contra los perseguidores de la Iglesia.

El cardenal Payá, arzobispo de Toledo, prelado de gran talento y excepcionales virtudes que, aunque por otras cosas no fuese, merecería puesto eminente entre los príncipes de la Iglesia por el hermoso discurso pronunciado en el concilio del Vaticano en defensa del dogma de la Infalibilidad del Papa.

Emilio Bayard, el célebre pintor-dibujante francés, autor de innumerables obras, muchas de las cuales, como *Lance de honor*, *Desfile durante el sitio*, *Quien mucho abarca...*, *Después de Waterloo*, etc., han popularizado el grabado y el cromo: como dibujante adquirió grande y merecida reputación, habiendo colaborado en infinidad de publicaciones artísticas é ilustrado multitud de novelas, entre ellas, *Toda una juventud* y *Vizcondesa*, que ha insertado LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Bayard, que era caballero de la Legión de Honor desde 1870, ha muerto en el Cairo, víctima de una afección en el corazón, á la edad de 54 años.

Mme. Carolina Popp, directora del *Journal de Bruges*, por ella fundado en 1836, á la que se consideraba como decano de los periodistas belgas.

Varia.—El ingeniero francés M. Lepappe, autor de los ascensores de la torre Eiffel, ha inventado en unión de su colega M. Establie un coche automóvil cuyo gasto se calcula en un céntimo de peseta por persona y kilómetro recorrido. El modelo, capaz para cinco personas, va á emprender un viaje de París á Bayona (800 kilómetros); pero la aplicación verdadera del vehículo será para distancias de 16 á 20 kilómetros que podrá recorrer en una hora.

—El nuevo palacio de la embajada francesa en San Petersburgo ha sido construído y decorado con inusitado lujo: suntuosos tapices de los Gobelinos, cuadros y esculturas de incalculable valor y muebles lujosos cuanto artísticos adornan los hermosos salones del edificio, entre los cuales descuellan los de recepciones y de conciertos y el comedor. Los gastos de instalación se calculan en un millón de rublos (cuatro millones de pesetas).

—En la iglesia de San Juan de Letrán, en Roma, va á comenzarse en breve la construcción del mausoleo destinado á enterramiento del actual Papa León XIII, quien desea dirigir en persona los trabajos de su sepulcro. A este rasgo del Soberano Pontífice habíase anticipado el cardenal Lavigerie, el cual tiene hace tiempo construída en la catedral de Cartago la tumba en que habrán de ser encerrados sus restos mortales: en ella hay grabada la inscripción siguiente: «Aquí yace el que fué cardenal Lavigerie y que ahora es sólo polvo. ¡Rogad por él!»—«No falta en mi epitafio más que la fecha,» decía en cierta ocasión el prelado, quien, por un exceso de previsión, tiene reservada ya una cantidad para el obrero que en su día, ¡quiera Dios en bien de la civilización que sea lejano!, haya de esculpirla.

La siguiente anécdota pinta el carácter independiente del cardenal:

Instado por el Secretario perpetuo de la Academia de Inscripciones y Bellas letras para que presentase su candidatura en esta sección del Instituto de Francia, preguntóle monseñor Lavigerie si las tradicionales visitas á los académicos electores eran indispensables; y habiéndole aquél contestado afirmativamente, escribióle al día siguiente una carta en la que, entre otras cosas, le decía: «¡Qué se diría de mí si mientras los míos buscan sólo la *palma* del martirio, me vieran solicitar con empeño las *palmas* del Instituto!»

NUESTROS GRABADOS

Estatua del emperador Augusto existente en el Vaticano.—El arte antiguo y moderno tiene espléndida representación en los varios museos que forman parte del palacio en donde reside el romano Pontífice. En los valiosos ejemplares que hermosean aquellas galerías puede analizarse la historia de las artes bellas en los pueblos civilizados y hallar inspiración é irreprochables modelos los que al cultivo de la pintura ó de la estatuaria se dedican.

Muestra de las joyas allí encerradas es la estatua del emperador Augusto que reproducimos: de majestuoso continente, perfectamente correcta en sus líneas y proporciones, llenos de expresión el semblante y de naturalidad la actitud, realzada su ejecución por preciosos detalles como los de la coraza y el artístico plegado del manto, impónese desde la primera mirada su belleza y revela la maestría á que llegaron en la antigüedad romana los artistas cuyas obras, aun en sus más insignificantes fragmentos, son afanosamente codiciadas para servir de adorno en los principales museos y de estudio á los artistas más notables.

Costumbres chinas. El mercado de Shang-Hai.—Es ésta una de las más importantes poblaciones del Celeste Imperio, no sólo por el número de sus habitantes y por su considerable comercio, sino también por las muchas facilidades que para su establecimiento y residencia ofrece á los europeos. Su puerto está abierto al tráfico extranjero desde 1843, lo que ha permitido que se establecieran junto á la ciudad china concesiones francesas y anglo-americanas cuyo estado próspero y floreciente es buena prueba, de una parte, de la tolerancia de la población indígena, y de otra, de los abundantes recursos que en Shang-Hai ofrece el comercio.

Si por un detalle puede juzgarse del conjunto de una ciudad, cuanto decimos está confirmado por el grabado que representa el mercado de Shang-Hai, en donde, como se ve, reina la animación característica de una población activa y numerosa y reveladora de instintos y costumbres mercantiles.

Cabeza á pájaros, busto en bronce de D. José Reynés, fundido en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).—Caprichosa representación de la mujer ligera supo hallar Reynés en el bonito busto que reproducimos. En su agraciado rostro, en su deliciosa sonrisa descúbrese ese algo especial de la mujer que no ha sido llamada para ser la verdadera compañera del hombre, en la que no puede hallar jamás consuelo ni lenitivo á sus amarguras y sí únicamente viviendo para el placer.

La escultura revela en Reynés profundo estudio y patentiza sus reconocidas aptitudes para el arte que cultiva con aprovechamiento.

La feria de Santo Tomás en Barcelona, cuadro de D. Leopoldo Roca (Exposición de Bellas Artes de Berlín).—En la Academia de Bellas Artes de Barcelona comenzó Leopoldo Roca sus estudios artísticos, que amplió después en la Nacional de París bajo la dirección del ilustre Gerome. Posteriormente y animado del deseo de conocer las obras de los grandes maestros trasladóse á la Ciudad Eterna, en donde pudo dar muestra de sus aptitudes para el cultivo del arte que emprendiera con verdadero entusiasmo. Varias obras, y algunas de ellas notables, produjo durante su permanencia en Roma, entre las que merece citarse el cuadro titulado *Jugadores*, premiado en la Exposición Internacional que se celebró en Roma en el año de 1883. Instalado nuevamente en Barcelona, su ciudad natal, ha continuado dando pruebas de su laboriosidad, ya desempeñando honrosos encargos de los más importantes establecimientos editoriales, ó bien produciendo preciosas acuarelas como la que figuró en la Exposición Universal de 1888, ó lienzos tan recomendables como el que reproducimos, premiado en la de Bellas Artes que acaba de celebrarse en la capital de Alemania.

A sus cualidades artísticas y condiciones especiales de carácter debe la consideración y simpatías de que goza, especialmente entre sus compañeros, que justamente le han elevado á la presidencia del Círculo Artístico de Barcelona, en cual honroso cargo procura Leopoldo Roca corresponder á la distinción que mereciera, cuidando con preferente interés, no sólo de la buena marcha de la Asociación, sino también de cuanto atañe á los intereses artísticos de sus colegas.

Semáforo de Bagur (fotografía de D. Juan Camós).—No escaso interés ofrece la villa de Bagur por los recuerdos que encierra y por su situación en la costa NE. de la península. Los restos de algunas torres que algunos suponen se levantaron para proteger á la población de las correrías de los merodeadores y piratas, recuerdan la importancia que tuvo la villa en época remota. Hoy consta de 2.000 habitantes entregados al cultivo de la vid, á la pesca y á la industria taponera, y se halla enlazada con Gerona, capital de la provincia, y con poblaciones tan importantes como Palafrugell, por medio de buenas carreteras.

El semáforo recientemente instalado en el cabo Bagur constituye una mejora importantísima ha tiempo reclamada. El edificio en que se halla instalado, construído de mampostería, levántase sobre una meseta del mismo cabo. Consta de planta baja que afecta la forma de T, en donde se hallan instaladas las oficinas telegráficas y las habitaciones de los empleados, y dos cuerpos contiguos destinados respectivamente á observatorio y á depósitos y almacenes.

Para el servicio hase nombrado el personal competente, no dudando que la estación electro-semafórica del cabo Bagur está llamada á ser una de las más importantes, no sólo por su proximidad al golfo de León, sino también por ser el último punto de comunicación de la costa española de Levante.

Payés mallorquín, cuadro de D. Juan Bauzá (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).—No es Bauzá un artista novel ni uno de esos jóvenes pintores que vemos emprender con seguro paso la difícil senda que con tanto empeño recorrieron los que consideramos campeones del arte español. Trátase de un distinguido pintor palmesano que en su laboriosa existencia, consagrada por completo al arte, ha producido obras que embellecen palacios y museos y alcanzado lauros y recompensas que sólo se obtienen cuando á especiales condiciones y aptitudes se adunan el estudio y la observación.

Discípulo de D. Federico Madrazo, dióse ya á conocer en la Exposición de 1871 por su bellísimo cuadro *Los mendigos*, que obtuvo una primera medalla, cabiendo igual premio al notable estudio que remitió á la de 1889. El paraninfo de nuestra Universidad literaria ostenta uno de sus lienzos más notables, cual es el que representa al cardenal Jiménez de Cisneros en el acto de recibir el último pliego de la Biblia políglota.

Un solo cuadro expuso en el último Concurso; pero á pesar de ser un estudio, obsérvase la maestría del pintor y la riqueza de su paleta, impregnada de ese clasicismo que tanto genio reportó para el arte patrio.

La taberna, cuadro de D. Luis Graner (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).—Luis Graner es uno de los jóvenes pintores que cultiva el arte con verdadero entusiasmo, complaciéndose en vencer los escollos que en la ejecución pueden ofrecerle los contrastes de tonos, tipos y situaciones. De ahí que se observe en la mayoría de sus cuadros el resultado de prolijos estudios y se adivine en ellos la voluntad firme y decidida del artista que se propone fijar su reputación á costa de prolija labor y del paciente estudio del natural. Los efectos de luz, la reunión de diversos tipos, las escenas en donde el artista procura hallar representaciones gráficas de las pasiones que dominan al hombre de las últimas clases sociales, los abigarrados conjuntos en los que se halla unido lo delicado con lo grosero, lo vulgar con lo correcto, han servido á Graner, como acontece en su cuadro *La taberna*, de asunto para algunas composiciones que llevan marcado en sí el sello de un noble empeño y el de su recomendable laboriosidad.

San Francisco de Asís curando á los leprosos, bajo relieve de D. Agustín Querol.—Agustín Querol es un artista de temperamento y de extraordinaria genialidad. Apenas salido de las aulas se remontó de un vuelo á la altura de los maestros, y desde entonces no ha cesado de dar pruebas de las privilegiadas dotes que para el cultivo de la escultura posee. *La Tradición*, admirable grupo ejecutado con perfección y valentía poco comunes, premiado en la Exposición Nacional; *El vencido de hoy*, composición de amplísimo concepto, y otras notabilísimas obras, algunas de ellas reproducidas en esta ILUSTRACIÓN, pregonan las relevantes cualidades de este artista y sus repetidos y continuados triunfos.

El bajo relieve que representa á Francisco de Asís es su última producción. Todo en ella hállase perfectamente interpretado. La gran figura del apóstol de la Umbría descuella tal y como corresponde á aquel espíritu superior, que animado por el espíritu divino, elevó su voz entre el confuso fragor de las armas, predicando la humanidad y el amor.

Merece Querol caluroso y sincero aplauso y se lo enviamos desde nuestras columnas, ya que obras como las suyas honran á quien las lleva á cabo y á la nación que cuenta entre sus hijos á quien las produce.

Versalles.—Fuente de Diana.—Ninfas y Amores, bajo relieve por Legros.—La preciosa fototipia que publicamos reproduce una sección de la fuente llamada de Diana en los famosos jardines del no menos célebre palacio de Versalles. Al igual de todas las obras que embellecen aquel real sitio, es la fuente de Diana una obra verdaderamente artística. Los mejores escultores de la época ejecutaron en ella trabajos admirables, siendo uno de ellos el bajo relieve de Legros representando un grupo de ninfas y amores.



HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE. – ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

PRÓLOGO

La estación de las lluvias había sido muy enojosa en San Francisco, sobre todo para los viajeros y emigrantes del Sur. Durante el día, acumulábanse las nubes y apenas un sol fugaz iluminaba á intervalos el horizonte; de noche, la lluvia caía á torrentes, y oíase de continuo el sordo rumor del agua que rebotaba en las sonoras planchas de cinc de los tejados de algunas casas. Las movedizas dunas de la ribera, batidas por frecuentes tempestades, parecían moles petrificadas; las frías brisas del Pacífico, soplando del Sudoeste, penetraban hasta en las bulliciosas viviendas de las calles del Comercio y de Kearney, y el camino bajo de las Misiones hallábase convertido en una laguna. A pesar del muelle, del puerto y de los fardos de mercancías allí aglomerados, las olas del mar lo invadían todo, depositando montones de cieno hasta muy cerca de la calle de Sonsone; y las verjas de madera de los paseos parecían puentes flotantes ó pequeños pontones. En la calle de Montgomery y en la plaza había peligrosas profundidades desconocidas, y más de cuatro coches atascados en ellas necesitaron el eficaz auxilio de algunos transeuntes de buena voluntad para salir del atolladero en que se hallaban.

Cierto carruaje que había sufrido un percance de esta naturaleza detúvose delante del gran edificio público, de aspecto majestuoso, que todos conocían como Casa Ayuntamiento; de él se apeó una dama, cuyo rostro cubría tupido velo, y penetró rápidamente por la entrada principal. Algunos transeuntes volvieron la cabeza para mirarla, sorprendidos acaso de su hermosura, ó bien de lo raro que entonces era ver una dama, sobre todo de tan elegantes formas.

Mientras avanzaba por un largo corredor, en cuya extremidad veíase una escalera de hierro, varias personas se cruzaron apresuradamente con la desconocida, sin duda porque les urgía más que á ésta despachar sus asuntos; pero una de ellas detúvose de pronto al verla, con aire de asombro, como si de improviso evocase algún recuerdo, y la siguió. Sin embargo, al observar que se detenía ante una puerta adornada con una placa de cobre en que se leían las palabras «Despacho del Corregidor,» pasó por delante, y después de pasear á su alrededor una mirada, cual si buscase alguna otra persona para hacerla partícipe de su admiración, alejóse lentamente.

Un momento después, la dama penetró en una espaciosa antesala, dejó escapar un suspiro, como persona que se siente más tranquila, y al ver que allí no había nadie, llamó al portero, á quien dirigió alguna pregunta en voz muy baja, cual si la impusiera respeto aquel lugar. El humilde funcionario, sin contestar palabra, entró en otra habitación, cuya puerta tenía también su correspondiente placa con la palabra «Secretaría,» y un momento después volvió á salir acompañado de un joven de diez y siete ó diez y ocho años, en el que lo único que había llamado desde luego la atención era la singular brillantez de sus ojos. Después de fijar una rápida mirada en la dama, hizo un ademán para indicar que podía tomar asiento, no sin cierta exagerada gravedad, algo cómica en aquel adolescente, que al parecer quería darse la importancia de hombre formal, y tomando una tarjeta de manos de la visitante, volvió á entrar en su despacho. Allí no llamó á ningún otro compañero, como la dama podía esperar, sino que se dirigió á una puertecilla forrada de bayeta verde, con clavos dorados en los bordes, como la tapa de un ataúd, y cuya placa decía «Particular;» abrióla ligeramente y penetró en el despacho del corregidor.

El alto dignatario de San Francisco, hombre de unos cuarenta años, de aspecto militar y elevada estatura, estaba sentado en aquel momento, con la silla apoyada en la pared y puestos los pies en los travesaños de un sillón ocupado por otro hombre: los dos fumaban perezosamente.

El corregidor tomó la tarjeta de manos de su secretario y miróla al parecer con indiferencia.

– ¡Hola!, exclamó de pronto. ¿Qué significa esto?

Y alargó la tarjeta á su compañero, que después de leer en alta voz «Carolina Howard,» comenzó á silbar.

– ¿Dónde está?, preguntó el corregidor.

– En la antesala.

– ¿Viene alguien con ella?

– No, señor.

– ¿Has dicho que estaba ocupado?

– Sí, señor; mas según parece, había preguntado á Samuel, que la dijo quién se hallaba aquí, á lo cual contestó que no importaba nada, pues era su deseo ver también al coronel Pendleton.

Los dos hombres se miraron mutuamente con expresión interrogadora; pero el coronel, anticipándose á las funciones del corregidor, dijo con acento breve mientras se recostaba en su sillón:

– Conducidla aquí.

Un momento después abrióse la puerta y apareció la desconocida, que después de cerrar, levantóse el tupido velo, dejando ver unas facciones notablemente hermosas, aunque la dama pasaba de los treinta. Advertiremos de paso que aquel rostro era ya conocido de los dos hombres y de toda la ciudad.

– ¿Qué la trae á usted por aquí, Carolina?, preguntó el corregidor, ofreciendo una silla á la visitante, sin levantarse ni cambiar de actitud. Aquí estoy con mi amigo, el coronel Pendleton, y estas son las horas de oficina. ¿Qué podemos hacer en favor de usted?

Si se hubiera recibido á la dama con toda la formalidad oficial, ó con fría política, tal vez se habría cortado, aunque sus negros ojos, muy vivos y expresivos, revelaban audacia y energía; mas aquel recibimiento franco y cordial inspiróla confianza; cogió la silla familiarmente y sentóse al punto, tomando una graciosa postura.

– Gracias, Santiago... quiero decir, señor corregidor; y también á usted, Enrique. He venido á despachar un asunto, y necesito precisamente dos hombres que sirvan de tutores á mi hija.

– ¿A su... hija?, preguntaron á la vez el corregidor y su amigo.

– Sí, mi hija, repitió la dama con ligera sonrisa, á la cual siguió una mirada de recelo. Sin duda no saben ustedes nada de esto, añadió con un tono que al parecer tenía algo de agresivo y que también podía indicar cierto enojo; pero lo diré en pocas palabras. Es el caso que tengo una niña en el convento de Santa Clara, donde, como ya saben ustedes, no la he cuidado solamente á ella, sino tambien á otros, durante algún tiempo; mas ahora deseo arreglar todos los asuntos de la niña para el porvenir. Me propongo cederla todos mis bienes, cuyo valor ascenderá á unos setenta y cinco mil duros, poco más ó menos, pues Bab Snelling me indujo á tomar hace un año aquellas acciones de las aguas que ya sabe usted. Ahora necesito tutores formales ó curadores, ó llámese como se quiera, para que administren el dinero de esa niña.

– ¿Quién es su padre?, preguntó el corregidor.

– ¿Qué tiene que ver esto con el asunto?, preguntó la dama impetuosamente.

– Pues todo, porque el padre es su guardián natural.

– Pues suponga usted que no se le conoce, ó que ha muerto.

– Esto sería más conforme, repuso el corregidor con gravedad.

– Sí, muerto; esto será lo más creíble, añadió el coronel Pendleton.

Sucedióse un pausa, durante la cual los dos hombres parecieron reflexionar, y después el corregidor fijó en la dama una mirada penetrante.

– Carolina, dijo, ¿ha reñido usted con Bob Ridley?

– No; sabe demasiado para reñir conmigo, contestó la dama con sequedad.

– Y al dar este paso, ¿no la anima á usted más deseo que el que acaba de exponerme?

– Seguramente no; y paréceme que este motivo basta.

– Sí, replicó el corregidor, retirando al fin los pies de la silla de su compañero, y poniéndose en pie; mientras que el coronel hacía lo mismo; pero supongo que pensará usted más detenidamente sobre el asunto.

– No; necesito hacer esto *ahora*, aquí mismo, en esta oficina.

– Pero ¿sabe usted ya que la medida sería irrevocable?

– Así lo deseo precisamente, para que después no haya ningún entorpecimiento ni dificultades sobre mi resolución.

– Sin embargo, advierta usted que no se queda con nada, y que si lo cede todo á esa hija para consagrarse después á otro género de vida, es posible que...

– ¿Y quién le ha dicho á usted que tal sea mi intención?

El corregidor y el coronel miraron de nuevo con persistente fijeza á la dama.

– Escúchenme ustedes, pues veo que no me entienden, continuó Carolina. Desde el momento y hora en que ese documento esté firmado, nada tengo que ver ya con la niña. De mis manos pasa á las de ustedes, que se cuidarán de educarla y administrar sus bienes, y así llegará á ser rica, sin que necesite saber jamás quién soy yo ni dónde me hallo, pues tampoco lo sabe ahora. Sin duda me considera solamente como una amiga; no me ha visto más que una ó dos veces, y apenas me reconocerá ya. Digo esto porque el otro día pasé junto á ella en ocasión de hallarse paseando con las hermanas y los escolares, y no me conoció, aunque sí una de aquéllas. Ahora que recuerdo, también estaba usted allí, amigo Santiago, presidiendo las maniobras militares, y tal vez haya visto á la niña. Tiene ya nueve años, cabello abundante del mismo color del mío y hermosos ojos. En dicho día llevaba un collar de perlas verdaderas que le regalé hace tiempo; *las compré* yo misma en casa de Tucker y me costaron doscientos cincuenta duros. También llevaba un magnífico ramo de rositas blancas y lilas.

– ¡Ah! Sí; me parece haber visto á esa niña en la explanada, dijo el corregidor con gravedad. ¿Y esa es la hija de usted?

– Lo que deseo ahora, repuso la dama, sin contestar directamente á la pregunta de su interlocutor, es que usted y Enrique se cuiden de ella y de sus bienes como si yo no existiera; más aún, como si jamás *hubiera existido*. He venido á ver á ustedes porque les juzgo hombres muy formales, que atenderán mis razones. Quisiera que se encargase usted de ese capital, añadió dirigiéndose al corregidor, no como Santiago Hammersley, sino como primera autoridad municipal de San Francisco; y cuando cese usted en el cargo, el funcionario que le sustituya se encargará del cumplimiento de lo que se estipule; de modo que así estará segura la tutela. Supongo que siempre existirá la ciudad de San Francisco y que no le faltará nunca corregidor, al menos hasta que la niña llegue á ser mayor de edad. Por lo pronto ya tendrá en usted un padre, y bastante grandecito, á fe mía. Por supuesto que el nuevo corregidor no ha de saber el porqué de esto; debe limitarse á cumplir con lo prevenido sin hacer preguntas oficiosas. Bastará que se haga cargo del dinero y pague cuanto sea necesario á medida que se reclame.

El corregidor y su amigo cambiaron una mirada de aprobación.

– ¿Me ha buscado usted ya un sucesor, preguntó el coronel, para el caso de que alguno me haga desaparecer de la tierra antes de cumplirse diez años?

– Siendo usted presidente del Banco *El Dorado*, supongo que todos cuantos le sucedan en su empleo procederán como lo haría usted mismo. Se dará cuenta del asunto á los directores, así como Santiago lo hará ante el Consejo.

Los dos hombres se habían puesto en pie, y miraron á la dama silenciosamente, como si reflexionaran aún.

– Vamos, dijo al fin el corregidor, esto podrá hacerse, y estoy dispuesto á servir á usted. Creo que mi amigo el coronel será de la misma opinión.

– Estoy conforme, contestó Pendleton.

– Pero se necesitará otro hombre, añadió el corregidor.

– ¿Para qué?

– Porque ha de haber un tercer voto en caso de cualquiera dificultad.

La dama se inmutó.

– Yo pensaba, dijo con expresión de pesar, que el secreto quedaría entre ustedes dos.

– ¡Oh! Esto no importa; ya encontraremos alguno que nos sirva, ó bien podrá usted elegir á quien guste y decirnos su nombre.

– Pero el caso es que yo desearía concluir el asunto aquí y ahora mismo, repuso la dama con impaciencia.

Y permaneció un momento silenciosa, fruncido el entrecejo, hasta que al fin preguntó bruscamente:

– ¿Quién es ese jovencito que me condujo aquí? Yo diría que es persona digna de confianza.

– Ese joven es Pablo Hathaway, mi secretario; merece mi confianza, pero es demasiado joven. ¡Ah!... No me acuerdo bien de esto, pero me parece que no se exige ninguna edad legal, y por otra parte, ese muchacho no carece de talento.

– Y además tiene la juventud en su favor, añadió el coronel Pendleton. Se ha educado en San Francisco, observa buena conducta, y aceptará lo que se le proponga, como si fuese asunto oficial, sin necesidad de rogárselo.

– Pues llámenle ustedes, dijo la dama.

El joven secretario entró un momento después, con mucha compostura, y mirando á las personas con sus brillantes ojos, como si quisiera adivinar de qué se trataba.

El corregidor le explicó el caso brevemente, con la misma precisión que si fuera un asunto del servicio.

– La obligación de usted, amigo Hathaway, díjole el corregidor, será por ahora meramente nominal, y el asunto en un todo confidencial. El coronel y yo lo arreglaremos.

El joven Pablo pareció comprender bien al punto la cuestión de que se trataba, y saludando cortésmente iba á retirarse ya, cuando la dama le hizo una señal para que se detuviera.

– Más vale, dijo, que concluyamos esto de una vez. Señor corregidor, escriba usted algo, y así lo firmaremos todos ahora mismo.

Al decir esto, la dama fijó en Pablo una mirada, que tanto podía ser para examinar su persona, como para ver si sorprendería en él algún ademán que indicase mala voluntad; pero el joven correspondió á su mirada con otra de simpatía como si comprendiera los deseos de la dama.

Durante algunos minutos reinó profundo silencio, mientras el corregidor hacía correr la pluma sobre el papel. De repente se interrumpió para interrogar á la dama:

– ¿Cómo se llama la niña?

– No ha de llevar mi nombre, contestó Carolina brevemente; es una condición que entra en mi plan. Renuncio á esto como á lo demás, y será necesario tomar otro nuevo que no indique en nada el mío; alguno que expresase que la niña es hija de la ciudad; ya comprenderá usted.

– Supongo que no querría usted llamarla Santa Francisca, dijo el coronel.

– No me parece muy bien, repuso la dama con una gravedad que no permitía insistir.

– ¿Y Crisopolinia?, preguntó el corregidor en tono de broma.

– ¡Oh! Ese sería el *primer* nombre, y es necesario que tenga apellido.

– ¿Le ocurre á usted alguno, Pablo?, añadió el corregidor dirigiéndose al joven. Ya sé que usted es muy aficionado á la lectura, y además supongo que se acordará de los autores clásicos mejor que yo.

– ¿Qué le parece á usted, señor corregidor, preguntó el secretario gravemente, el nombre de Hierba Buena? Es el de la primera colonia que se estableció aquí, y fué aplicado por el padre Junípero Serra, sin duda porque en la localidad abundaba la planta que así se llama, planta que según dicen es un bálsamo para las heridas.

– ¿Para las heridas?, repitió la dama pronunciando las palabras lentamente.

– Y también para las llagas, repuso Pablo, ó por lo menos así lo aseguran.

– Supongo que no habla usted en broma, dijo Carolina con una ligera sonrisa que apenas entreabrió sus labios, y que siempre asomaba en éstos cuando dirigía la palabra al joven secretario.

– No, repuso el corregidor apresuradamente, pues yo también lo he oído decir con frecuencia. Y el nombre sería muy conveniente para la niña: *Hierba* sería el primero y *Buena* el segundo; de modo que podríamos llamarla señorita Buena cuando sea mayor.

– Me conformo con ello, pues á decir verdad, la niña es realmente buena.

Siguióse una pausa y otra vez se oyó correr sobre el papel la pluma del corregidor. El coronel Pendleton se abotonó la levita, atusóse el largo bigote, arregló un poco el cuello de su camisa y se dirigió á la ventana sin mirar á nadie.

Poco después el corregidor se levantó de su silla, y con cierta cortesía y gravedad que no se había notado en él antes, entregó su pluma á la dama, separó un poco el sillón para que pudiera sentarse más cómodamente é hizo una señal para que firmara. Carolina escribió su nombre con rápida mano, y después el coronel y el secretario pusieron también su rúbrica en el documento, habiéndose llamado antes al portero como testigo para que presenciara esta última parte del acto.

Entonces el corregidor volvióse hacia su secretario y díjole que estaba terminado su cometido.

El joven saludó con gravedad y retiróse, mientras que el corregidor, acercándose á la dama con el documento en la mano, díjole con cierta expresión solemne:

– Escúcheme usted, Carolina; aún tiene tiempo para retractarse y deshacer lo hecho; si lo quiere así, rasgaremos este escrito, y yo le prometo que de la presense entrevista y de todo cuanto nos ha dicho nada trascenderá fuera de estas paredes. Por nuestra parte, siempre estaremos dispuestos á declarar que lo que usted trataba de hacer era superior á sus fuerzas.

La dama se había levantado á medias de su silla; pero volviendo á su primera posición, miró con impaciencia á su interlocutor, que á su vez no separaba la vista de ella.

– ¿De qué habla usted ahora?, preguntó con cierta expresión de enojo.

– Quiero decir, Carolina, que acaba usted de dar á esa niña todo cuanto posee. ¿Qué le queda, pues, para el porvenir?

– ¿Le parece á usted que no estoy en mi juicio cabal y que no obro por mi propia voluntad?

Al decir esto, la dama estaba verdaderamente hermosa, y en realidad nadie hubiera podido suponer que le faltaba el juicio; su expresión resuelta y su actitud bastaban para alejar toda duda.

– Y advierta usted, Carolina, continuó el corregidor, que no es eso todo. ¿Ha reflexionado ya sobre la trascendencia de este acto y lo que significa? Esto es renunciar completamente, no sólo á toda reclamación, sino á cualquiera interés que la niña pudiera inspirarle: he aquí lo que ha firmado y lo que nosotros nos veremos en el deber de hacer cumplir. Desde este momento nos hallaremos entre usted y ella como entre ella y el mundo. ¿Se cree usted con fuerzas para verla crecer lejos de sí, perdiendo hasta el recuerdo de la bondad que con ella se ha tenido? ¿No sentirá usted nada cuando en la calle pase á su lado, tal vez sin conocerla, ó la vea alejarse de usted, siguiendo el consejo de alguna otra persona? ¿Está usted dispuesta á cerrar ojos y oídos á todo cuanto pueda ver y oir de la niña y al saber acaso que vive rica y feliz, esposa tal vez de algún hombre notable? ¿Se resigna usted á que no sepa nunca ni nadie tampoco que debe á usted su dicha, y á que nosotros nos veamos obligados á negarlo, si por casualidad la niña averiguase alguna cosa?

– Con todo eso me he conformado ya, y precisamente es lo que quiero, contestó la dama con energía, frotando maquinalmente sus dedos adornados de sortijas contra el respaldo de la silla.

– Y también debe usted pensar, añadió el coronel, que en caso de enfermedad ó de una angustiosa aflicción, le estará vedado prestarle consuelo alguno, mientras que una persona extraña ocupará su lugar. Si se hallase en peligro de muerte, tampoco le sería lícito recoger su último aliento; y así como habrá vivido sin conocer á usted, morirá sin saber nada de su existencia; y si acaso alguien se lo dijese, sólo serviría para acibarar sus últimos pensamientos en este mundo. Tal vez entonces la maldijera á usted.

Al oir esto, otra sonrisa vagó en los labios de la dama; sus dedos frotaron de nuevo con más impaciencia el respaldo de la silla, como si fuese un instrumento mudo y quisiera hacerle emitir algún sonido, y levantándose al fin, cogióla con energía y apoyóla contra la pared.

– Sí, dijo, ya he pensado todo eso, y persisto en mi resolución.

– Pues en tal caso, replicó el corregidor, enviaré á usted las copias del documento mañana y me haré cargo de los bienes.

– Tengo aquí la letra por su valor, dijo la señora Howard, colocando el documento sobre el pupitre; y con esto me parece que podremos darlo todo por terminado. ¡Adiós!

El corregidor tomó su sombrero, imitándole el coronel, y los dos precedieron á la dama, abriendo después la puerta con grave cortesía.

– ¿Adónde van ustedes?, preguntó Carolina, mirando alternativamente á los amigos.

– Acompañaremos á usted hasta su carruaje, señora, contestó el corregidor con ademán ceremonioso.

– ¿Y hemos de cruzar los tres por todo el edificio, llamando la atención de las personas que encontremos al paso? No es necesario que se molesten.

– Si usted nos lo permite, dijo el coronel, tendremos mucho gusto en ello.

Un ligero carmín tiñó las mejillas de la señora Howard, único cambio que se había notado en su fisonomía durante toda la entrevista.

– Repito, contestó, que no deben molestarse: á ustedes les importará poco que les vean; mas yo prefiero ir sola. ¡Adiós!

Y ofreciendo una mano al corregidor y la otra al coronel, que la estrecharon silenciosamente, salió del despacho, y un momento después su graciosa figura se perdía entre las sombras del largo corredor.

– Pablo, dijo el corregidor entrando en la habitación de su secretario, ¿conoce usted á esa señora ó sabe quién es?

– Sí, señor.

– Pues bien: olvide usted que ha venido aquí y que la ha visto. Se lo recomiendo muy particularmente.

I

El salón principal del Nuevo Hotel de la Puerta de Oro en San Francisco, que la prensa local consideraba como un edificio suntuoso, presentaba, no obstante, en el mes de agosto de 1860 un aspecto moderno de no muy buen gusto, y que sin duda debió llamar la atención de cuatro visitantes que acababan de entrar, admirados sin duda de tanto esplendor. Deteniéndose vacilantes ante unas butacas de brillante caoba, que al parecer no se habían utilizado aún, uno de aquellos hombres fué á sentarse en un sofá, otro se acomodó en una otomana y sus dos compañeros permanecieron en pie, contemplando el decorado del techo y haciendo algunas observaciones en voz baja. Al parecer eran personas de importancia, ó por lo menos de buena posición.

Pocos momentos habían esperado los cuatro visitantes, cuando se presentó un joven como de veinticinco años de edad, cuyo rasgo más notable consistía en la singular brillantez de sus ojos. Saludó con una sonrisa á los que permanecían de pie y al que ocupaba la otomana, y después dirigióse hacia el sofá, saludando al hombre que allí estaba, el cual se levantó al punto y ofreció la mano con benévola expresión.

– Muy bien, Pablo, dijo; no pensaba que se acordaría usted de mí, pues hace ya cuatro años que nos conocimos en Marysville, y ahora es usted todo un hombre.

A juzgar por la sonrisa del joven, nadie habría podido adivinar que en realidad no reconoció á su visitante al primer golpe de vista, aunque por un instinto que le era propio, figurósele que no era la primera vez que le veía. Sin embargo, lejos de rectificar el error de su visitante, contestóle sin vacilación alguna:

– No sé por qué había de olvidar á Tony Shear... ni tampoco á los muchachos de Marysville, añadió, saludando á los demás visitantes, que al parecer esperaban con impaciencia esta especial atención.

– Me alegro que así sea. Me acompañan estos amigos, que eran allí compañeros nuestros y á los cuales deseaba presentar á usted. Son el capitán Stidger, presidente de nuestro comité central, el señor Enrique Hoskins, de la casa Hoskins y Bloomer, y José Slate, redactor de la *Prensa Unida*, uno de los periodistas que más prometen aquí. Caballeros, añadió, dirigiéndose á sus acompañantes y elevando la voz como si fuera á pronunciar un importante discurso, inútil me parece decir que este caballero es mi apreciable amigo Pablo Hathaway, el senador más joven en la presente legislatura, y que se ha distinguido ya como tal. Supe que había usted salido anoche de Sacramento, añadió volviéndose al joven, y me propuse ser el primero en visitarle.

– Celebro mucho tener el honor de conocer á usted, caballero, dijo á su vez el capitán Stidger; ya sé cómo ha hecho su brillante carrrera, y he leído sus discursos en las sesiones. La exposición que hizo usted sobre los principios Jefersonianos y sus apreciaciones sobre los acuerdos del 98 son, en mi concepto, son... lo más notable que ha hecho usted. Si se dignase hacernos una visita, á su vez nos dispensará con ello el más alto honor.

– El propietario de la *Prensa Unida*, dijo á su vez Mr. Slate, mientras buscaba en su bolsillo la cartera, me encarga que ofrezca á usted sus columnas para la inserción de los artículos ó cartas que tenga á bien publicar en beneficio de los suscriptores y de nuestro partido.

– Si alguna vez, dijo Hoskins, puedo servirle en algo, caballero Hathaway, en cuanto se refiere á mi profesión, tendré el mayor gusto en complacerle. Yo soy comerciante, y mi especialidad es la venta de víveres y comestibles al por mayor; pero también negocio en otras cosas. Ahora, por ejemplo, estoy encargado de la venta de un magnífico tronco de caballos, y si quiere usted ir á verlos, haremos una excursión hasta la Casa de la Roca para probarlos. Ya vendí otros al gobernador de Fiske, al senador Doolau y á un rico capitalista inglés que estuvo aquí el año pasado. Le aseguro á usted que los tres quedaron sumamente complacidos. Al mismo tiempo si desea usted ver la ciudad, yo soy el hombre que necesita.

Terminado su discurso, Hoskins dejó sobre la mesa una tarjeta de grandes dimensiones con las señas del establecimiento.



Y alargó la tarjeta á su compañero, que después de leer en alta voz «Carolina Howard,» comenzó á silbar.

Sin la menor afectación, Hathaway correspondió á estas atenciones de sus visitantes. felicitándolos sinceramente, con lo cual se granjeó las simpatías de todos.

– En cuanto á lo de ver la ciudad, dijo al último que le había hablado, debo advertir á usted que he vivido aquí hace siete años.

– ¡Ah! Cuando las aguas llegaron á la calle de Montgomery.

– Sí, y cuando Santiago Hammersley era corregidor, añadió Pablo.

– Recuerdo que ya tenía usted una posición oficial, como secretario particular, antes de llegar á la edad de veinte años.

– ¡Oh! Desde entonces, dijo el capitán Stidger, la ciudad ha hecho rápidos progresos, y ahora...

Aquí se interrumpió para saludar á un grupo de señoras, jóvenes y elegantes, que acababan de entrar en el gran salón.

– Y ahora apenas la reconocería el que hubiese estado ausente algunos años. Por el pronto nos ocupamos en formar una gran metrópoli que se extenderá desde el Parque del Sud hasta la Punta Negra, y se trata de hacerla llegar á la Misión de los Dolores y al Presidio. Le aseguro á usted, Sr. Hathaway, que será digna de figurar junto á la Puerta de Oro que da entrada al inmenso Pacífico. Cuando se halle concluída la línea férrea que debe llevar este nombre, seremos el «término natural del gran Paso de las naciones.»

Pablo Hathaway no dió á entender que había oído decir la misma cosa ocho años antes; pero manifestó que reconocía positivamente los muchos adelantos que se habían llevado á cabo.

No distrajo su atención la semejanza que ofrecía el grupo de que formaba parte, en cuanto á la actitud, con el de las señoras que se hallaban en el otro extremo del salón. Las elegantes jóvenes se agrupaban alrededor de una de ellas, notable por su hermosura, que al parecer escuchaba con satisfacción los elogios de sus compañeras. Cualquiera hubiera dicho que entre el grupo masculino y el femenino mediaba alguna rivalidad, y que á medida que Pablo Hathaway era objeto de mayores atenciones por parte de sus visitantes, las damas que rodeaban á la bella joven mostrábanse más entusiastas en los agasajos que la hacían.

Al fin, otras personas reforzaron el grupo de los hombres, y entonces una de las damas algo morena, pero encantadora, dijo en voz bastante alta para que pudieran oirla:

– Vamos, amigas mías, supongo que no deseáis tomar parte en una discusión política, y por lo tanto vale más que volvamos al salón de señoras, á no ser que se haya reunido allí también algún comité.

Apenas hubo acabado de pronunciar estas palabras, Pablo Hathaway. volviéndose hacia sus amigos, díjoles también en voz bastante alta:

– No se me oculta que vuestro tiempo es precioso, porque todos tenéis asuntos que despachar, y de consiguiente no quisiera ocasionar perjuicio alguno; pero antes de despedirnos, caballeros, permítanme ofrecerles un ligero refresco en habitación reservada.

Así diciendo, encaminóse hacia la puerta.

Las damas, que también se disponían á salir, detuviéronse entonces, como preguntándose si deberían avanzar ó retroceder; mientras que la bella á quien tanto felicitaban miraba con curiosidad á Hathaway, sus ojos se encontraron, y entonces la joven, volviéndose hacia sus compañeras, díjoles con aparente indiferencia.

– No; podemos permanecer aquí, puesto que este es el salón público.

– He ahí, dijo el capitán Stidger, al pasar por delante del gracioso grupo, la flor y nata de las señoritas del convento de Santa Clara. Y cogiéndose del brazo de Hathaway, añadió: «No es ese el menor de los tesoros con que contamos, caballero, pues todas esas jóvenes son hijas de ricos colonos, y se han criado en California. Personas inteligentes en la materia han declarado que en cuanto á gracia, inteligencia y encantos, el territorio del Este no puede producir mujeres que igualen por su hermosura á las que aquí tenemos. Pero supongo que llegará usted á reconocer esto por sí mismo. En San Francisco se podría encontrar una novia digna del más joven senador de California.

– Temo que mi estancia aquí sea muy corta, y que se limite á despachar algún asunto, contestó Pablo, quien había notado ya que la joven dama á quien se dirigían tantos elogios era en efecto muy hermosa. Mi principal diligencia se reduce á visitar á un antiguo amigo, el coronel Pendleton.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

CINCEL DE AIRE COMPRIMIDO

Entre los diferentes aparatos movidos por aire comprimido sistema Laun que explota la casa Bühler, de Berlín, figura el que reproducimos y que es de suma utilidad para los que se dedican á labrar piedras y metales. Consiste este instrumento en un tubo de acero en el cual se mueve de arriba abajo un pistón parecido al de una máquina de vapor, gracias á la presión rigurosamente calculada que en él ejerce, en su parte superior y en la inferior sucesivamente, el aire comprimido. El pistón lleva una varilla en la que se fija un cincel, una barrena ó cualquier otra pieza para trabajar la piedra, los metales ó la madera. La presión del aire que sirve para mover el instrumento se obtiene por medio de una máquina de compresión sencilla, movida por el vapor, que resulta innecesaria allí donde se dispone de una instalación del sistema Popp para producir y distribuir aire comprimido.



Cincel de aire comprimido

Lo más admirable del instrumento que nos ocupa es la inconcebible velocidad con que trabaja: el inventor dice que se producen 12.000 golpes por minuto, de modo que el pistón se mueve 24.000 veces en el espacio de 60 segundos, y aunque es difícil contarlas, es lo cierto que los ojos no pueden seguir el movimiento de arriba abajo que aquél verifica, pareciendo que la pieza no se mueve y notándose sólo que el trabajo se ejecuta por las astillas que del material se desprenden.

Para que se comprenda la importancia del instrumento, bastará decir que los golpes que con él se dan son de 100 á 150 veces más rápidos que los que la mano del hombre ejecuta. El artífice ó el obrero no tiene que hacer fuerza alguna y sí únicamente cuidar de que el cincel siga la dirección debida. El instrumento, como se comprenderá, vibra bastante, produciendo estas vibraciones al principio alguna molestia; pero los trabajadores aseguran que pronto se acostumbran á esa sensación que, por otra parte, no tiene ninguna mala consecuencia.

La velocidad del pistón se regula abriendo más ó menos la espita por donde entra el aire comprimido ó cerrando en parte con el dedo la abertura que da cabida á éste.

Prescindiendo del labrado de piedras, maderas y metales, tiene importancia este instrumento en la soldadura de las calderas de vapor, trabajo en el cual realiza una fueza superior á la de diez obreros. También sirve para arrancar en las minas carbón de piedra, pero en este caso se necesita un instrumento de dimensiones mucho mayores.

La sociedad Schleicher en comandita, de Berlín, que actualmente explota el negocio de los instrumentos de aire comprimido, no se limita ya al labrado de las piedras blandas, sino que ha emprendido el del granito y el de las ruedas de molino, para lo cual ha modificado la forma del cincel ó escoplo. Operando en estos materiales duros se patentiza otra ventaja del instrumento de aire comprimido, además de la rapidez extraordinariamente mayor, cual es la de que con él no se resiente la parte interior de la piedra, puesto que sólo destruye los cristales de la superficie, con lo cual se evita la eflorescencia del granito.

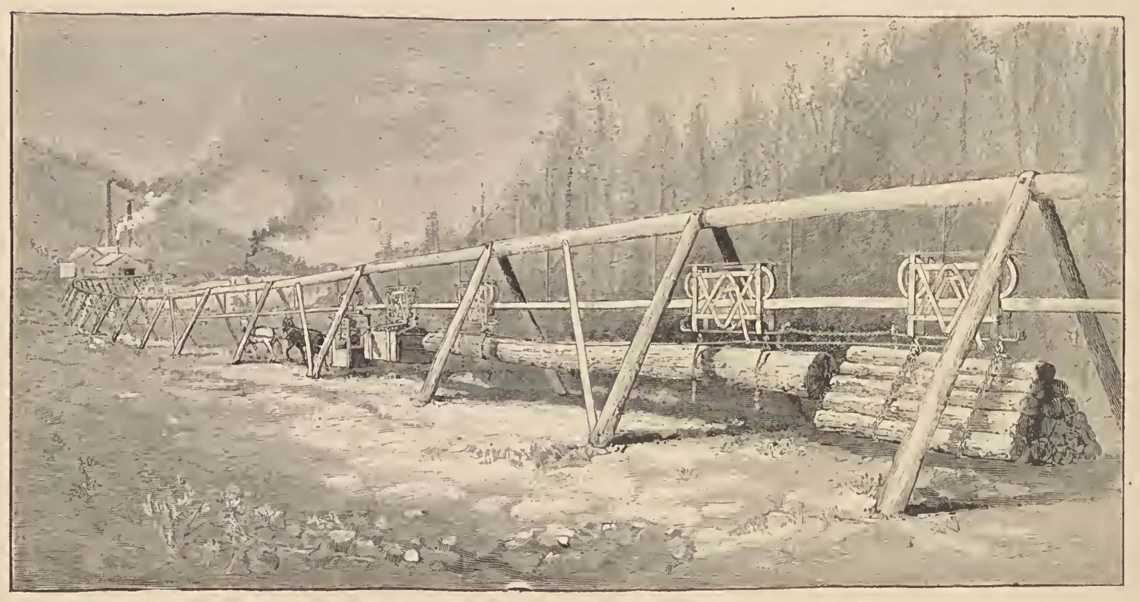
Nuestro grabado permite formarse una idea exacta del modo de manejar el cincel de aire comprimido sistema Laun.

* * *

FERROCARRIL AMERICANO PARA EL TRANSPORTE DE MADERAS EN LOS BOSQUES

En Europa el transporte de maderas en los bosques se verifica ó por el sistema primitivo de las veredas punto menos que inaccesibles, ó por medio de troncos, ó finalmente por ferrocarriles de doble riel que tienen el inconveniente de no amoldarse á las desigualdades del terreno. En los Alpes se utilizan los carriles de alambre del sistema Bleichert.

El problema del transporte de maderas en los bosques ha sido resuelto de muy distinta manera en Jersey City por Valley por medio de un ferrocarril de un solo riel que recuerda el de Lartigue. Dicho ferrocarril, como lo indica el grabado, se compone principalmente de materiales que se encuentran en los mismos bosques, lo que hace que sea muy económico: entran en su construcción troncos que se clavan en el suelo, vigas longitudinales apoyadas sobre ellos, y un riel encima de aquéllas, por el cual se deslizan unos carritos que por medio de cadenas sostienen las piezas que han de ser transportadas A la cabeza del tren, arrastrado por animales, hay un vagoncito para el conductor y guardafreno.



Ferrocarril americano para el transporte de maderas en los bosques

(Del *Prometheus*)

CIFRAS DECORATIVAS PARA ARTES E INDUSTRIAS

POR

✤ J. MASRIERA Y MANOVENS ✤ MONTANER Y SIMÓN, EDITORES ✤

Véndese formando un precioso álbum, encuadernado en tela, al precio de 15 ptas. ejemplar

¡¡¡EL LIBRO DE LA FAMILIA!!!

LA SAGRADA BIBLIA

TRADUCIDA DE LA VULGATA LATINA AL ESPAÑOL

POR

D. FÉLIX TORRES AMAT

DIGNIDAD DE SACRISTÁ DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE BARCELONA, OBISPO DE ASTORGA, ETC., ETC., ETC.

revisada por el Rdo. Dr. D. José Ildefonso Gatell, cura párroco de la parroquia Mayor de Santa Ana de Barcelona

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

EDICIÓN POPULAR

á 10 céntimos la entrega

Ilustrada con más de MIL grabados intercalados en el texto, que reproducen fielmente los sitios á que se hace referencia en el sagrado texto, monumentos, antigüedades, plantas, animales, etc., sacado todo de fuentes auténticas, y aumentada esta colección con CUARENTA láminas sueltas, comprendiendo mapas, cromos y láminas en negro de indiscutible mérito.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

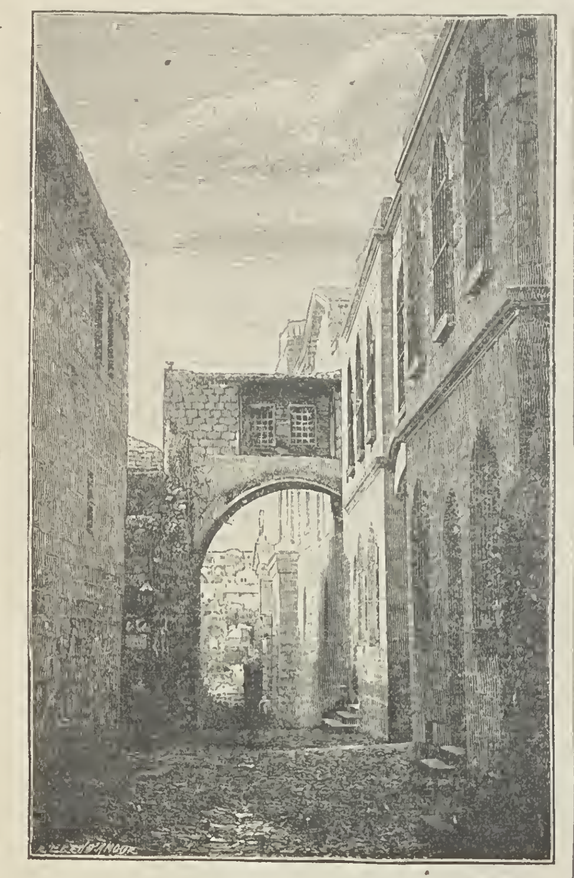
Nuestra *edición popular* de la SAGRADA BIBLIA forma tres tomos profusamente ilustrados.

El precio de cada entrega, de 16 columnas de texto, será el de

¡¡10 céntimos de peseta!!

repartiéndose GRATIS las referidas 40 láminas.

La obra se repartirá en cuadernos de á DOS REALES. Esta edición contiene el texto latino.



Arco llamado del *Ecce-homo*, ó de Pilatos, en Jerusalén (copia de una fotografía)

Se vende también encuadernada con tapas de tela y dibujos alegóricos, tomo de piel, al precio de 40 pesetas, pagadas á plazos mensuales.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc. **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ** *Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.*

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en injeccion ipodermica. Las *Grageas* hacen mas fácil el *labor del parto* y *detienen las perdidas.* Medalla de Oro de la S^ad de F^ia de Paris

LABELONYE y C^ia, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.



CLORÓSIS. — ANÉMIA. — LINFATISMO

El Proto-Ioduro de Hierro es el reparador de la sangre, el fortificante y el microbicida por excelencia.

El **Jarabe** y las **Grajeas** con proto-ioduro de hierro de **F. Gille,** *no podrian ser demasiado recomendados en razón de su pureza química, de su inalterabilidad y de su solubilidad constantes.* (Gaceta de los Hospitales).

DEPÓSITO GENERAL: 45, Rue Vauvilliers, PARIS. Depósito en todas las Farmacias.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones** de **estómago, estreñimientos rebeldes,** para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la **epilepsia, histéria, migraña, baile de S^n-Vito, insomnios, convulsiones** y **tos de los niños durante la denticion**; en una palabra, **todas las afecciones nerviosas.**

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.

Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al **Tónico** mas energico.

VINO AROUD CON QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por escelencia.** De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones* del *Estomago* y los *intestinos*.

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,** de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos,** etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las **PILDORAS del D^r DEHAUT** DE PARIS *no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

Enfermedades del Pecho

Jarabe Pectoral DE P. LAMOUROUX

Antes, Farmacéutico

45, Calle Vauvilliers, Paris.

El Jarabe de Pierre Lamouroux es el **Pectoral** *por* **excelencia** *como edulcorante de las tisanas, á las cuales comunica su gusto agradable y sus propiedades calmantes.* (Gaceta de los Hospitales)

Depósito General; 45, Calle Vauvilliers, 45, PARIS

Se vende en todas las buenas farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA

PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856

Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS 1867 - LYON 1872 - VIENA 1873 - PHILADELPHIA 1876 - PARIS 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR EXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS — GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR · de PEPSINA **BOUDAULT**
VINO · · de PEPSINA **BOUDAULT**
POLVOS · de PEPSINA **BOUDAULT**

PARIS, Pharmacie **COLLAS**, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

SOCIEDAD de Fomento *Medalla de Oro.* PREMIO de 2000 fr.

JARABE Y PASTA de H. AUBERGIER

con **LACTUCARIUM** (Jugo lechoso de Lechuga)

EXPOSICIONES UNIVERSALES PARIS 1855 LONDRES 1862 *Medallas de Honor.*

Aprobados por la Academia de Medicina de Paris é insertados en la Coleccion Oficial de Fórmulas Legales por decreto ministerial de 10 de Marzo de 1854.

« Una completa innocuidad, una eficacia perfectamente comprobada en el *Catarro epidemico*, las *Bronquitis, Catarros, Reumas, Tos, asma é irritacion* de la garganta, han grangeado al **JARABE** y **PASTA** de **AUBERGIER** una inmensa fama. »

(Extracto del Formulario Médico del S^r Bouchardat catedrático de la Facultad de Medicina (26ª edición).

Venta por mayor: **COMAR Y C^e**, 28, Calle de St-Claude, PARIS

DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES BOTICAS

Curación segura DE la *COREA*, del *HISTERICO* de las CONVULSIONES, del NERVOSISMO, de la Agitacion nerviosa de las Mugeres en el momento de la Menstruacion y de **LA EPILEPSIA** CON LAS **GRAJEAS GELINEAU**

En todas las Farmacias

J. MOUSNIER y C^ia, en Sceaux, cerca de Paris

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS

ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 30.

APIOL

de los D^res JORET & HOMOLLE

El **APIOL** cura los *dolores, retrasos, supresiones de las* **Epocas**, *así como las pérdidas.* Pero con frecuencia es falsificado. El **APIOL** verdadero, unico eficaz, es el de los inventores, los **D^res JORET y HOMOLLE.**

MEDALLAS Exp^es Univ^les LONDRES 1862 - PARIS 1889

Far^ia BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61. París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y C.ª, Diputación, 358. Barcelona



VERSALLES. – FUENTE DE DIANA. – NINFAS Y AMORES, bajo relieve por Legros

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO XI — BARCELONA 4 DE ENERO DE 1892 — NÚM. 523

UN RETRATO PARECIDO, *por Guillaume*



1 Vengo á que me haga V. un retrato



2 Muy parecido ¿eh?

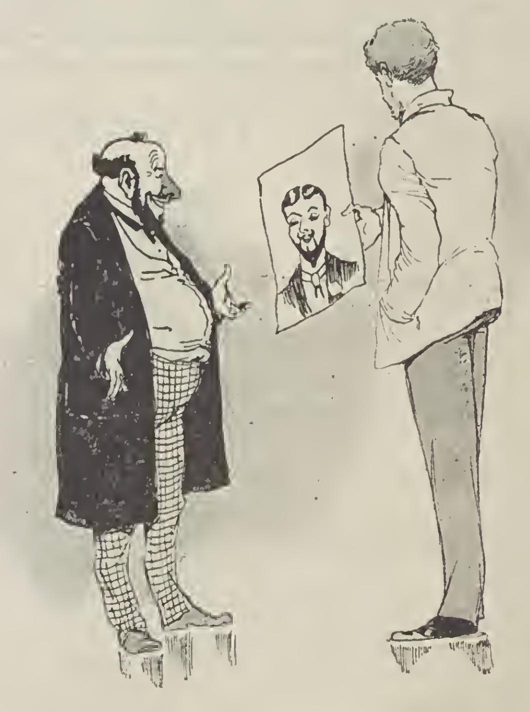
(Continúa en la pág. III)

(Véase en la pág. II)

UN RETRATO PARECIDO, *por Guillaume*



3 Y que revele también mi carácter formal



4 ¡Magnífico, sorprendente!

(Continúa en la pág. IV)

(*Véase la pág. III*)

UN RETRATO PARECIDO, *por Guillaume*



5 Le felicito á usted y le doy las gracias



6 ¡Este soy yo!

Tipografía LA ACADEMIA
Ronda-Universidad, 6; Barcelona
